

ELVIRA MENDOZA LARA  
ANTONIA ROMÁN ARCO  
RAFAEL VERDEJO ALONSO  
(eds.)

PSICOLOGÍA, CIENCIA Y REFLEXIÓN  
HOMENAJE A  
URBANO ALONSO DEL CAMPO

DEPARTAMENTO DE PERSONALIDAD, EVALUACIÓN  
Y TRATAMIENTO PSICOLÓGICO.  
UNIVERSIDAD DE GRANADA  
2011

“Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos –[www.cedro.org](http://www.cedro.org)), si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.”

© LOS AUTORES.

© UNIVERSIDAD DE GRANADA.

PSICOLOGÍA, CIENCIA Y REFLEXIÓN

HOMENAJE A URBANO ALONSO DEL CAMPO

ISBN: 978-84-338-5058-4.

Depósito legal: Gr./.

Edita: Editorial Universidad de Granada.

Campus Universitario de Cartuja. Granada.

Fotocomposición: TADIGRA S. L. Granada.

Diseño de cubierta: José María Medina Alvea.

Imprime: Imprenta Comercial. Motril. Granada.

*Printed in Spain*

*Impreso en España*

## PRESENTACIONES

Escribir sobre el Dr. Urbano Alonso del Campo supone para mí un honor, ya que quiero resaltar la trayectoria del universitario que representa el mejor espíritu de nuestra Institución; por su magisterio, creador de toda una Escuela, como por la excelencia científica que bien ha sabido plasmar a lo largo de su dilatada actividad académica.

El dominico y profesor Alonso del Campo, palentino de nacimiento, estudió en la Universidad Complutense y en Lovaina, ejerciendo como profesor en la Universidad de Santo Tomás de Roma, en la Universidad de Barry en Estados Unidos, y en el Institut de Psychosomatique de París.

A inicios de los setenta hizo de Granada su tierra, comenzando por entonces un fértil y dilatado magisterio en nuestras aulas que alcanza ya a casi los cuatro decenios. En esta tierra enraizó, y desde ella, con indiscutible autoridad científica, realiza su incesante tarea de construir una Escuela del conocimiento, seguida por discípulos, plasmada en sus obras vertidas en libros, bien en capítulos, en la casi centena de trabajos científicos en revistas nacionales e internacionales, y en los más de 300 artículos de divulgación. Granada recíprocamente supo calar en su corazón y a ella dedico un tiempo precioso de su quehacer y estudio. Así, el padre Urbano destaca como principal investigador de la insigne figura mística de fray Luis de Granada, granadino nacido a inicios del XVI en El Realejo, sobre el que ha escrito en numerosas ocasiones.

Además, asumiendo el necesario compromiso de la ciencia puesta al servicio de la sociedad, fue también por 16 años el vicepresidente de la Sociedad Sexológica de Andalucía, impulsando desde tal el acercamiento hacia una cuestión hasta entonces tabú, desconocida, o cuando menos velada por los estereotipos.

La Universidad de Granada debe de reconocer en justicia la figura del profesor Urbano Alonso del Campo pues fue quien, el ya lejano 1974, y como primer profesor contratado de la disciplina, puso en marcha la entonces Licenciatura de Psicología.

Aquellas primeras clases de la materia se impartían en la Capilla del Hospital Real, posteriormente en 1977 surgió el traslado de la ya Licenciatura a la por entonces

compartida Facultad de Filosofía y Letras, hasta que en 1984 se materializara la instalación de sus estudios de Psicología en el edificio actual de la Facultad.

Así, durante años, el profesor Urbano Alonso ha sido referente para los alumnos y de todos los profesores que uno a uno fueron formando parte de la hoy Facultad de Psicología. Como rector de la Universidad de Granada quiero contribuir, en estas breves líneas de respeto, al merecido Homenaje colectivo que tantos dedican al profesor emérito Alonso del Campo, del Departamento de Personalidad, Evaluación y Tratamiento Psicológico. Un universitario ejemplar, que fue capaz de construir un modelo docente e investigador hoy convertido en el exponente académico de la Facultad de Psicología de nuestra Universidad.

Francisco González Lodeiro  
Rector de la Universidad de Granada

Querido amigo Urbano:

Para el Departamento de Personalidad, Evaluación y Tratamiento Psicológico, para la Facultad de Psicología, para la Universidad de Granada y, en general, para todo el ámbito científico universitario, es un placer dedicarte unas líneas con motivo de tu jubilación y tu paso como Profesor Emérito de la Universidad de Granada.

Esta modesta obra es un homenaje que todos tus amigos y amigas te brindamos. Sabemos que no es todo lo que te mereces, aunque es un mínimo gesto de cariño, reconocimiento y reflexión que hemos elaborado para ti, sabiendo que tramamos algunos de los temas que siempre te han preocupado y que, por supuesto, te seguirán preocupando. Esperamos que su lectura te alegre y reconforte y que en algunas de sus líneas veas reflejadas muchas de las vivencias de estos últimos cuarenta años que has dedicado a trabajar por la Universidad de Granada y a formar a tantas y tantas promociones de psicólogos. Esta es nuestra forma de decir que te queremos y que te agradecemos todo lo que nos has aportado en tu trayectoria.

Como tu abanico de amigos y amigas es tan amplio y tan representativo del ámbito del saber, nos ha resultado un poco difícil organizar los contenidos para que el resultado sea lo más coherente posible. Tras muchas vueltas e intentos de secuenciación organizada, hemos decidido ordenarlo en la forma que comentamos a continuación.

La obra la prologa Fernando Escobar, que ha sabido dar de forma magistral algunas pinceladas profundas de tu vida en una pirámide de intenciones emergentes. Tras el prólogo hemos dividido el libro en cuatro partes, agrupando en cada una de ellas los temas que nos han parecido más afines.

La primera parte, titulada CIENCIA Y REFLEXIÓN, recoge los trabajos preparados por Pedro Cerezo, Emilio Herrera, Eduardo García Peregrín y M<sup>a</sup> Carmen Maroto Vela. Se tratan temas como el lugar de la Psicología en la Universidad, amor y sexualidad, dilemas éticos que plantea la investigación actual y los hombres y los microbios ante el bien y el mal. Son trabajos de un cariz muy reflexivo y que cuantas más veces se leen más luces aportan sobre algunos de los temas más candentes en nuestra sociedad.

La segunda parte la hemos titulado PSICOLOGÍA Y EDUCACIÓN. Aquí han participado muchos de tus compañeros y amigos de la Facultad de Psicología,

cuyos nombres deseamos que se lacren para siempre en tu memoria. Tus amigos Tomás Sola, Paco Hinojo e Inmaculada Aznar abren esta parte hablando de las adaptaciones curriculares como garantía de la diversidad. Continúa Inmaculada de la Fuente y algunos de sus colaboradores tratando el tema de la Psicología Clínica y el estudio de las recaídas, a la que le siguen Nieves Pérez, Humbelina Robles, Paqui López Torrecillas y Cristóbal Pasadas presentando un bonito estudio sobre la valoración que hacen los estudiantes de Psicología de la enseñanza y de su futuro profesional. Le siguen Antonio Fernández Parra con unas reflexiones sobre el tratamiento psicológico basado en la evidencia, Elvira Mendoza con el tema de ética, enseñanza e investigación, Jaime Vila y M. Carmen Fernández que nos hablan de la psicofisiología afectiva, Paco Cruz abordando la temática de los cuidados al final de la vida de los niños en fase terminal, cerrando esta parte Ramona Rubio que expone de forma clara y didáctica algunos aspectos sobre la calidad de vida en el adulto mayor.

El tema de BIOLOGÍA Y NEUROCIENCIAS se presenta en la tercera parte, en la que intervienen, en primer lugar, Juan Manuel Jiménez Ramos y Elena Castillo que nos dan una lección sobre plasticidad cortical compensatoria en sujetos ciegos. Les siguen Ignacio Núñez de Castro con el cerebro y la experiencia religiosa, María Castellanos hablando de la medicina del trabajo y su devenir histórico como instrumento de desarrollo social y económicos y Gonzalo Piédrola, que cierra esta parte con el bioterrorismo y la guerra biológica.

Hemos titulado la cuarta y última parte como FISLOSOFÍA Y PENSAMIENTO, en la que se recogen las aportaciones de mentes tan pensantes como la de José M<sup>a</sup> Rubio y su reflexión sobre el lugar de la religión en la esfera pública, Carlos Domínguez hablando de la crítica freudiana a la religión, Sultana Wahnnon haciendo las lecturas de Edipo Rey de Freud y Ricoeur, Juan Antonio Estrada con el papel de las civilizaciones en la época de la globalización y la interculturalidad, Antonio Larios que trata el itinerario andaluz del “Padre Granada”, cerrando la obra Antonio Campos con la teoría y utopía del colegio mayor.

Estos son los temas y la representación de tus amigos y amigas. Aun en el riesgo de caer en un tópico muy socorrido en ocasiones, tenemos que decir que *son todos los que están, aunque no están todos los que son*. Distintas ocupaciones, compromisos y una inmersión en la rueda del trabajo puede haber ocasionado que muchos que los que hubieran querido participar no lo hayan hecho o se les haya venido el tiempo encima.

El Departamento de Personalidad, Evaluación y Tratamiento Psicológico quiere agradecer la participación de todos en esta pequeña obra-homenaje y a Antonia Román su tarea de recepción, almacenamiento, contactos con los autores y su empuje para que este trabajo vea la luz.

Gracias, Urbano. Te queremos

Departamento de Personalidad, Evaluación y Tratamiento Psicológico  
Universidad de Granada

## ADHESIÓN Y RECUERDO

Siempre he pensado que las despedidas y los finales tienen mucho más en común con las bienvenidas y los comienzos de lo que solemos creer. En realidad, todas las clases de finales que conozco no son sino *la otra cara*, la menos amable si queremos, del principio de lo que está por llegar. Me resulta difícil creer que la vida pueda construirse y sostenerse en firme sobre compartimentos estancos. Nuestro tiempo no se interrumpe ni se fragmenta; al contrario, los momentos que vivimos se suceden presurosamente sin solución de continuidad, de suerte que cada última vuelta de una senda agotada tiene la extraña habilidad de revelarse como el primer recodo de un camino nuevo, que, sin darnos apenas cuenta, ya hemos empezado a recorrer. Esto nos ocurre varias veces en la vida y el cambio de ruta, aunque no haya trauma, no siempre es sencillo. Varía el terreno sobre el que pisamos, mudan los paisajes, se transforman los recuerdos del pasado y las ilusiones del futuro. Sólo el caminante permanece y sólo los valores que conforman su esencia, los que lo hacen ser el hombre que es, son capaces de dar completo, coherente y unitario sentido a todo ese tiempo vivido.

Hoy nos paramos poco a pensar en caminos y caminantes. Lamentablemente. Por eso, asumo como una gran responsabilidad y aun mayor honor la tarea que se me encomienda de dedicar unas líneas al Profesor Urbano Alonso del Campo con motivo de su adiós *jubiloso* a la Universidad, en el marco de este libro-homenaje que destila cariño y admiración hacia su persona y su trayectoria. Y no me parece que sea ésta una labor fácil. Me propongo armonizar en mis palabras los dictados de la razón y la emoción y observar la máxima escrituraria notarial de que, en lo omitido, no haya nada que desvirtúe lo expresado. Me anima, en todo caso, esta certeza: ninguna trayectoria vital y profesional merece más un agradecido homenaje y una honda reflexión que aquélla que ha sido dedicada por entero a desbrozar, allanar e iluminar las de muchos otros.

No he sido compañera ni alumna de Urbano; la vida nos ha unido a través de otras veredas. Tampoco he orientado mis estudios hacia alguno de los múltiples campos de conocimiento que él ha cultivado. Pero sí soy y me siento universitaria y, en calidad de tal, creo estar en condiciones de reconocer el justo valor de la tra-

yectoria de Urbano como universitario o como lo que, humildemente y mirándome en el espejo de ejemplos como el suyo, pienso yo que es un universitario.

Con frecuencia, cuando pronunciamos las palabras, nuestra mente las asocia o identifica con alguna imagen. Y nunca está de más analizar esa asociación espontánea porque puede ser sorprendentemente reveladora. Me gustaría poder saber a qué imagen ligamos los que nos llamamos universitarios (docentes, alumnos, investigadores, los que lo fueron, lo son o están a punto de serlo) la palabra “*Universidad*”. Mucho me temo que esas imágenes se resumirán, en demasiados casos, en una bastante pobre: un título enmarcado en una pared. No seré yo quien discuta que la Universidad es cuna y escuela del saber, de la ciencia, del conocimiento. Pero, si es solamente esto, se me antoja que su alma está a medias. ¿De verdad nuestras aspiraciones se conforman con una Universidad expendedora de títulos? ¿De verdad queremos ver salir de sus aulas y dejar nuestro futuro en manos de líderes políticos, juristas, empresarios, científicos, literatos, educadores... que sólo *sepan*? Aunque, a veces, ella misma nos haga creer lo contrario, la realidad que nos circunda necesita algo más que *saber*. Y en dar cumplida satisfacción a esa necesidad está la gran oportunidad y la gran responsabilidad de la Universidad del hoy y del mañana.

Si algo he aprendido observando la conducta de personas como aquél a quien dedico estas líneas es que *ser* universitario es mucho más que *tener* un título universitario. Ser universitario es una condición, una actitud que, cuando se tiene de verdad, se tiene para siempre. Esa condición comprende la capacidad de escuchar, de reflexionar y de criticar, pero siempre para construir. Comprende también una constante actitud de curiosidad intelectual. El universitario se pregunta el porqué y el para qué de las cosas, busca su sentido, indaga y quiere acercarse a la verdad. Y lo hace todo esto, además, con entusiasmo y generosidad, con un profundo sentido del deber, de la responsabilidad, de la lealtad y de la coherencia personal, y, sobre todo, con la vocación, no tanto de lograr su satisfacción personal, sino de poner humildemente su esfuerzo y sus cualidades al servicio de la sociedad. Esa misma sociedad que nos regala la impagable oportunidad de formarnos y que, seguramente, necesita hoy, más que mentes privilegiadas o individuos titulados, personas formadas como tales personas y comprometidas en la tarea de encontrar el modo de construir un presente y un futuro pacífico y próspero para todos.

Responsabilidad, sentido del deber, ética profesional, vocación de servicio, lealtad, coherencia personal, generosidad, entusiasmo, fuerza de voluntad, afán de superación...

Me hago cargo de que a algunos, incluso, les asustará esta relación de valores. A mí, empero, se me ocurre que estos pueden y deber ser los instrumentos imperecederos que la formación universitaria aporte a la sociedad para frenar la asoladora vorágine de irreflexión, puerilidad y relativismo moral en que hoy parece aquélla andar envuelta. En este punto, sin embargo, surge una (pequeña o grande, según se mire) dificultad: los valores no son entes que pululan por el ambiente hasta posarse, como por arte de magia, sobre nosotros. Los valores los poseen y los transmiten, con su palabra y, sobre todo, con su ejemplo de vida, personas que

tienen un rostro y un nombre. A estas personas yo las llamo maestros. ¿Acaso es fácil encontrarlos? Me temo que no lo es, en absoluto. Pero estas palabras, precisamente, están dedicadas a uno de ellos.

Maestro es, para mí, quien se afana en buscar y tender la mano a la persona que existe detrás del discente. Maestro es quien, en vez de dar respuestas, prefiere mostrar el modo de encontrarlas. Maestro es quien cultiva sus inquietudes e intereses mucho más allá de sí mismo. Maestro es quien, lejos de adoctrinar, anima a reflexionar y decidir con autonomía y responsabilidad. Maestro es quien conoce exactamente la distancia que media entre el temor reverencial y el respeto, entre la “*potestas*” y la “*auctoritas*”, entre el conocimiento y la sabiduría. Maestro es quien se atreve a recorrer esa distancia. Maestro es, en fin, quien, siéndolo, nunca creería merecer tal nombre.

La Universidad que tengo dibujada en la mente ambiciona ser cuna de potenciales maestros. El alma de esa Universidad en la que yo creo sólo está completa cuando se respeta su doble naturaleza como *escuela del saber y escuela de valores*, siquiera de aquellos valores mínimos que permiten al hombre hacer un uso responsable y provechoso del más precioso don de cuantos le han regalado: la libertad. No deja de ser curioso que fuese Urbano, precisamente, quien me enseñó un día a buscar dentro de mí el verdadero y profundo significado de la palabra “*libertad*”. Por eso, con esta lección grabada a fuego en mi memoria, se cierra el círculo de mi concepto de “*universitario*”.

Hay trayectorias vitales y profesionales de muy diversa especie. Las hay que se pierden en el olvido con suma facilidad. Las hay también que se resumen sin salir de uno mismo. O de las que se pueden contar, pesar o medir en años, títulos o fama. Y, luego, sin desdeñar las anteriores, hay trayectorias luminosas, como la de Urbano, que alumbran tanto y a tantos que nunca se agotan y obligan a creer que aún hay buenos motivos para esperar en el hombre.

Para trayectorias como ésta las páginas de un libro trazan unas fronteras demasiado estrechas. Por eso, me gusta pensar que este homenaje es un *Jano* bifronte que, cualquiera que sea la perspectiva desde la que lo observemos, nos muestra dos caras: una, la que mira al pasado para juzgarlo y recompensarlo; y otra, la que mira al futuro, para ilusionarnos y comprometemos a todos —al homenajeado y a quienes le rendimos homenaje— en su construcción. Un compromiso así no sabe de huidas hacia delante ni de soluciones temporizadoras, sino sólo de una franca disposición a empeñar la mente y el corazón en seguir los caminos abiertos por personas como Urbano. Siendo esto así, permítanme que me ofrezca en primer lugar a recoger el testigo.

Al estudioso, al compañero, al profesor, al humanista, al maestro, al hombre siempre dispuesto a escuchar, al amigo. A Urbano Alonso del Campo, con profunda gratitud, justo reconocimiento a lo hecho y vivido y emocionada bienvenida a todo lo que está por llegar.

PRÓLOGO  
PROFESOR URBANO ALONSO:  
UNA PIRÁMIDE DE INTENCIONES EMERGENTES

FERNANDO ESCOBAR JIMÉNEZ  
*Facultad de Medicina.*  
*Universidad de Granada*

El enfoque de un mensaje en un libro que es resumen de una vida puede abarcar múltiples facetas, tantas como profesionales y amigos hayan sido invitados a escribir en el mismo. A veces estos invitados modifican la calidad y el nivel de estos párrafos (que algún osado llamará ensayos), porque, incluso, se les confiere un carácter literario, científico, o, tal vez, se escriben simplemente para formar parte de un libro de consulta, porque los que intervienen se esfuerzan en recoger la personalidad múltiple, que en un caso como éste es científicamente posible contrastar. El peligro de escribir sobre personalidades extraordinarias viene dado, a mi entender, porque los encargados de resaltar lo que llaman los alemanes el “*lebenslauf*” (el currículo vitae), se queden en la producción y no lleguen a la esencia de la persona, ya que a veces es posible que nos encontremos impotentes ante “pirámides de fuerza”, complejidad y, sobre todo, riqueza que encierran estos hombres a los que intentamos reflejar. Sería muy fácil en este caso pensar en un arroyo de aguas limpias que brota de elementos de la propia vida y mana todavía, pero que los demás no somos avezados para describir. Analizaré mi contacto y conocimiento parcial de Urbano Alonso, ahora que después de tanto tiempo ya puedo decir que es mi amigo.

Yo tengo la fortuna de haber conectado con el Profesor Urbano Alonso hace tiempo, porque me eligió como médico de cabecera. Desvelar a un hombre, como sabrán ustedes, sin romper los criterios de confidencialidad, es muy difícil y una licencia contraria a la ley. No obstante, no caeré en este confuso pozo -que ganas me da-, pero esta situación de romper un secreto, permitida por la sociedad para el hombre actual con fines egoístas o, simplemente, por influencia social y económica, no alcanza a estamentos sanitarios, a periodistas y a profesionales

relacionados con el papel escrito llamado prensa de los colores y de la imagen o, simplemente, por intromisión en una familia que divulga sin recato aspectos íntimos de sus propios allegados y que, naturalmente, también debieran callar. Procuraré, como digo, defender su intimidad, pero intentaré reflejar al hombre que vi desde detrás de mi mesa, al lado de mi camilla de exploración, alguna vez desde el interior de mi bata blanca o en los inestimables coloquios de una vida en la que me fue acompañando hasta que nuestro cabello se puso de color plata, al tiempo que él mismo se iba acercando a entornos muy compartidos por mí.

Tres facetas del hombre que yo veo debemos trasladar a todo aquel que se acercara a Urbano Alonso. En primer lugar, su vocación religiosa. En segundo, su perfil investigador y en tercer lugar, su entronque verdadero y habilidoso de hombre-amigo-familia. Estas tres características no es que nos acerquen al Misterio de la Santísima Trinidad, pero su comprensión sí nos une a la resultante -que no mutante- personalidad de Urbano Alonso.

Enfoquemos el primer aspecto. El Padre Urbano es un discípulo de Santo Domingo, que recibe sus órdenes religiosas en el contexto y la dinámica irreal y escasa en el día de hoy, que es la promoción continua del conocimiento a través de sus estudios en Psicología y Teología. Profundiza en la obra de los predicadores, al mismo tiempo que vuelca su empeño de acercamiento en sus seres queridos: aquellos hombres y mujeres, cada uno con su nivel, que van a escuchar la verdad de un Santo, la realidad de una Orden Predicadora, la escogida crueldad de una pobreza y actitud de obediencia frente a la vida. Consigue en cada momento que su interlocutor se quede “colgado” ante su mensaje. Su voz sugerente, firme de convicción, severa y pausada es la voz del que conoce y quiere inducir el acercamiento a una verdad.

Esta afición abrumadora por el conocimiento y el estudio de los grandes hombres de su Orden que le antecedieron y le afectan positivamente forjaron la historia para unos perfiles interiores tan generosos y buenos como los de Urbano Alonso, que aunque los adquiere a lo largo de los años, van a cuajar en una constante que se mueve entre la obediencia, la inteligencia y el acercamiento a una forma de Dios que, de puramente elemental, él logra transmitir como terrenal.

Pero en la Orden también tuvo otras facetas que yo no comentaría si no hubiera sido testigo silencioso de su paso “conventual” y como “Director de Colegio Universitario” (y, por lo tanto, de carácter públicos). Ante los problemas que pudiera plantear la convivencia en cada momento superpuso sus tres votos religiosos que le elevaban o regresaban con gusto a sus obligaciones vocacionales. La Orden de Santo Domingo, igual que otras Congregaciones religiosas, condenadas por sus estatutos a conectar con el resto de la Iglesia de formas distintas, que no inconvenientes, se caracteriza por algo más que la fragilidad mental (observada en algunos oficiantes de la palabra de Dios que yo defino como curas sin cualificar) de repetir un evangelio leído unos momentos antes de una ceremonia religiosa. La Orden de los Dominicos es una Orden que exige estudio, desarrollo intelectual, investigación y unas grandes dotes de comunicación. Esto puede chocar a simple vista con la existencia de grandes templos, viviendas escolares y universitarias y

otros refugios de actividad para entender una vida conventual moderna, que con mucha frecuencia deja traslucir en su entorno ciertos componentes de vulgaridad que reflejarían el abandono de los principios de esta Orden.

En este ambiente el Padre Urbano deja su vida con la ofrenda de la obediencia. En este ambiente el Profesor Urbano Alonso deja su disciplina con otra ofrenda, el estudio. En este ambiente Urbano Alonso choca con una jerarquía alejada de sus Capítulos y, retomando su alto concepto sobre la ofrenda del amor, con la actitud del respeto, con la disciplina de la alegría y el pesar, se refugia en la familia, en los amigos y en el llanto que en cada momento debe compartir con ellos. Este hombre tan barroco que hoy yo describo, era el que vi y era el que sabía llorar y rebelarse cuando su propia Orden quería alejarlo de una Comunidad que siempre presidía Dios.

Por esto mis discusiones públicas y privadas siempre se acercaron al intercambio de las contradicciones que me ofrecía un hombre profundamente religioso, que se mezclaba con ilusión en las mañanas frías de su vida para introducirse en la clausura de unas monjitas ávidas de un Dios que las hiciera pensar, luchar y sobrevivir cada semana, pero que para contraste, también llegaba a una casta de Universitario de todos los niveles y, al mismo tiempo, al reto de enfrentarse teológicamente a una Parroquia, en la que con su ideología cristiana y su actitud, con un elevado nivel cultural y espiritual, tenía que ofrecer la palabra de Cristo, olvidando el cómodo y fácil corsé de un texto que no osaría repetir como papagayo floreado, pero que debía hacer inteligible para los fieles. Esto lo consigue una persona como él, que volaba con Santo Domingo, San Agustín y numerosos pensadores y filósofos positivistas, llegando a ofrecer e incitar con la pobreza del ejemplo evangélico un mensaje de alegría y unas promesas no sólo válidas para su propio sentido de la vida sino que consigue transmitir a los demás la idea de que merece la pena vivirla con entusiasmo.

El perfil investigador del Profesor Urbano Alonso es ejemplar por su grandeza, riguroso e incisivo por su manera de enfocarlos, origen de muchas más curiosidades científicas para todo aquel que se acerca a esta faceta profesional.

Un marco como Granada para fijar sus estudios universitarios hace de un palentino como él un hombre en progresión ilimitada. Termina y se Licencia en la Universidad de Lovaina en Psicología Experimental, pero continúa su labor investigadora para ser investido Doctor por la Universidad Complutense de Madrid. Así mismo, es Doctor en Filosofía por las Universidades de Roma y Granada, y por último, Doctor en Teología por la Facultad de Teología de San Esteban, en Salamanca.

Desarrolla su actividad docente como Profesor Titular, por lo tanto, permanente, en la Universidad de Granada desde 1970, en la que propició de manera muy activa la creación de la Facultad de Psicología. Así mismo, ejerce la docencia en la Universidad Santo Tomás de Roma y es Profesor visitante de la Universidad de Barry en EEUU y del IPSO de París. Podemos resumir su trabajo científico en más de 12 libros, 22 capítulos de libros, 80 trabajos de investigación científica nacional e internacional y unos 300 artículos de divulgación.

Entroncar al Profesor Urbano Alonso en una Facultad de un distrito Universitario como Granada es muy difícil. Si se quiere entroncar algo, siempre se tiene uno que someter a la bondad o a la tiranía de los concurrentes, esto es, los compañeros de claustro, los alumnos y la sociedad científica e intelectual que camina como adosados al mismo barco del espíritu fundamental de un profesor universitario. Inexplicablemente nunca accedió al Cuerpo de Catedrático.

Mi lector no debe analizar críticamente, pues él también puede formar parte de cualquier texto que lea, si la reflexión y el conocimiento crítico que aporta en el momento de esta lectura algún contenido, en este caso sobre Urbano Alonso, le puede producir una sensación de admiración, de simpatía, en algunos un deseo de ampliar más o, por el contrario, una sensación tan frecuente en todas las universidades del mundo, según baremo, de envidia y de hastío hacia verdades que no se quieren compartir en la forma docta, ordenada y de alto nivel con las que el docente ejerce su profesión universitaria.

El Profesor Urbano Alonso era un docente muy preparado. Muy riguroso en sus exposiciones que, además, según sus alumnos, estaban dotadas de una riqueza experimental, de unos antecedentes históricos y de una técnica de transmisión excelentes. Su facilidad para adquirir nuevos conocimientos tenía una fundada base en el estudio y en la revisión sistemática de textos, siendo su conocimiento de idiomas una vía de entrada de primer orden. Profesor de docencia muy dialogada, ejercía ésta con la puntualización de una bibliografía constantemente actualizada y prestaba gran interés al trabajo de los alumnos, como resultado final de una recepción desusada.

El último punto que quiero tratar es el que reúne el Padre Urbano en lo que yo llamo simbiosis de “hombre-amigo-familia”. No sé por donde empezar. El hombre que desprende este religioso lleva una capa mística que se retira permanentemente para buscar qué necesita el otro. El hombre tiene unas convicciones humanas muy fuertes y se cruza en tu camino para acompañarte unos pasos detrás de ti y así ayudarte a soportar la carga. El hombre no deja de escucharte, pero en un momento vas a tener que pararte para que su mensaje empiece a confortar parte de tu alma, parte de tu ser o la carga que tú con tus palabras le estás transmitiendo para que, al compartirla, ésta deje de ser tan pesada o, si me apuro, para que al final el único portador resulte ser un amigo que, haciéndote liviana tu preocupación, ha conseguido llevársela sin que tú lo percibas, derrochando siempre amor.

Este hombre de las grandes horas y tiempos de vivencias para ti, también lo es para muchos desconocidos, para muchos iluminados, para muchos que lo necesitan. Se expanden, por tanto, los confines de un hombre que dialoga con otro o con varios y deja la semilla del amigo cuando crees que la soledad te embarga. Por tanto, filosóficamente es imposible determinar los límites entre el hombre y el amigo, pues si alguno de ellos en un principio no existe en el trato humano con Urbano, al acabar cualquier tipo de relación con él se recibe el regalo doble que no esperas: Me llevo lo tuyo, compartiéndolo; me ofrezco a ti como agradable descarga del confort espiritual.

En este punto nos encontramos con el perfil de un hombre que parece andar con semblante preocupado por la calle en el ir y venir de todos los días. Antaño circulaba en su modesto automóvil, pero la obediencia le quitó el vehículo al recogerle su salario y tener que donarlo entre aquéllos, propios y extraños, que le incitaban a que se podía y debía adornar con la pobreza. Segundo voto del Padre Urbano.

Este hombre de vestir somero y respetuoso, es enormemente fiel a su familia. Su Castilla “de oro”, sus padres, hermanos, primos y sobrinos, que lo acogen en el extraordinario saborear de sus comidas de siempre, acompañadas de los caldos con que la uva adornó a Palencia y a sus alrededores. Motivo éste de modesta presunción, limitado orgullo y empeñado pulso y discusión con todo aquel que quiera “buscarle las cosquillas” en su propio terreno.

Una por una, las pérdidas de familiares las recibió con resignación. Uno por uno, hermanos y hermanas fueron el paraguas y la sabia de un castellano tan cabal, cuya sangre siempre ha vertido para que hoy todavía tenga fuerza para empezar de nuevo con una ilusionada, a la vez que abnegada, labor misionera.

PRIMERA PARTE:  
CIENCIA Y REFLEXIÓN

CAPÍTULO 1.  
EL LUGAR DE LA PSICOLOGÍA EN LA UNIVERSIDAD:  
ENTRE LA CIENCIA Y EL HUMANISMO

PEDRO CEREZO GALÁN  
*Profesor Emérito. Universidad de Granada*

*A Urbano Alonso, que me acompañó en los primeros pasos  
fundacionales de la sección de Psicología, con mi gratitud y amistad*

Ilmas. Señoras, Ilms. Señores,  
Queridos amigos y compañeros:

Poca es mi autoridad para dirigirme hoy a un auditorio académico mayoritariamente de psicólogos, con motivo de la fiesta jubilar del veinticinco aniversario de la fundación de la licenciatura de psicología en nuestra Universidad. No lo puedo hacer como experto en psicología, cuyos estudios han quedado ya demasiado lejos en mi formación universitaria. Tampoco como filósofo, o filofilósofo o aprendiz de filósofo, que, a su vez, sería algo así como un “eterno principiante”, porque no creo que la filosofía tenga una palabra sustantiva que decir con respecto a las ciencias humanas, curada ya de aquella vieja y funesta manía que la llevó a entenderse como la solitaria soberana del reino del saber. Su función con respecto a la ciencia ya no es la de maestra severa, investida de una superior disciplina intelectual, ni tampoco la de sierva diligente, que la atiende metódicamente en sus tareas, sino la de fiel acompañante en el camino del conocimiento, doblando todos los pasos y avances que ejecuta la ciencia en el orden objetivo de nuestra experiencia con una reflexión trascendental sobre el sentido del mundo. El único título, pues, que me asiste es haber sido fundador de la sección de psicología, pero esto sólo me da derecho a retener su partida de nacimiento, pues los verdaderos fundadores son quienes cada día se esfuerzan por mantenerla y desarrollarla. Hay, no obstante, una cosa de la que me precio y de la que quisiera hacer el punto inicial de mi reflexión. Cuando se implantaron los estudios de Psicología en nuestra ciudad

hace ya un cuarto de siglo, se hizo conjuntamente con los de filosofía, en el convencimiento de que eran dos hermanas gemelas, que podían y debían potenciarse recíprocamente en su tarea. No concibo una filosofía separada y hermética, ajena al ancho mundo del hombre, que no sería otra cosa, en su abstracta soledad, como la definió certeramente Merleau-Ponty, que “la afirmación autoritaria de una autonomía absoluta del espíritu”<sup>1</sup>, como tampoco puedo concebir un mundo objetivo de la ciencia, autónomo y separado con respeto al único mundo humano, —el mundo de la vida (*Lebenswelt*) lo llamó Husserl—, que habitamos e interpretamos en común. Se trata de “dos mitos antagonistas y cómplices”<sup>2</sup>, —el trascendentalismo exento de la filosofía y el extremo objetivismo de las ciencias—, que nacieron a la vez y han caído estrepitosamente juntos, pues tan bárbara es una reflexión exenta de suelo de sustentación y moviéndose en el vacío, como noria sin agua, como una ordenación objetivista de nuestra experiencia del mundo ciega para su sentido y valor. La reflexión filosófica va siempre de través, y por eso tiene que atravesar el mundo de la experiencia descubierto por las ciencias, tratando de integrarlo en una unidad significativa, al igual que la indagación científica es siempre transitiva, de paso adelante en su exploración objetiva del mundo, sin cuidarse de levantar el plan integral y unitario, que hace de él un mundo de y para el hombre.

Consecuente con esta idea, he procurado que estuviera representado en los planes de estudios de filosofía, desde primera hora, el ancho territorio de las nuevas ciencias del hombre, —la psicología, la sociología y la antropología cultural—, sin cortar los vínculos orgánicos con las antiguas humanidades, —la lengua, la historia y la literatura—, en la convicción de que será tanto más alta y rica la reflexión filosófica cuanto más *humus* orgánico contenga en su suelo y cuanto menos ceda a la tentación del formalismo. Y en un sentido complementario, luché por la existencia de un curso común introductorio a nuestras respectivas especialidades, la filosofía y la psicología, como suelo común en que podía prosperar con el tiempo un diálogo interminable en métodos y enfoques. La barbarie del especialismo que a todos nos ha sorbido el seso, nos ha llevado por otro camino de indiferencias y antagonismos, sin apercibirnos del daño que infligíamos con ello a la causa de las humanidades.

De ahí que entre los múltiples intereses y asuntos que pueden reclamar nuestra atención en fecha como ésta, en que celebramos la fiesta jubilar de una institución universitaria, no encuentro ninguno tan actual y apremiante, especialmente tras de los agrios debates suscitados por la reciente implantación de la Ley de Ordenación Universitaria (LOU), como una reflexión, sobria y serena a un tiempo, sobre la función de la Universidad en la sociedad de hoy y sobre las tareas que en ella deben cumplir las Humanidades. No pretendo con ello descubrirles una “tierra ignota”, puesto que llevamos años trabajando en esta heredad, sino ponderar en común el sentido y alcance de nuestra actividad, para evaluar mejor su servicio y rendimiento.

1. *Signos*, Barcelona, Seix Barral, 1973, pág.119.

2. *Idem*,120.

## 1. HACIA UNA IDEA DE LA UNIVERSIDAD:

Para esta tarea, habría que contar, ya desde el comienzo, como brújula de orientación, con una idea de Universidad, pues mediante el rodeo de la idea, viéndolas idealmente, como enseñaba Sócrates, logramos posesionarnos verdaderamente de las cosas. Sin embargo, como advertía Giner de los Ríos, nuestro Sócrates español, “el concepto “Universidad” no es una idea absoluta que pueda especulativamente construirse; un factor eterno, indispensable, de la vida social, sino un concepto histórico. Sólo apelando a la historia, cabe, pues, definirlo”<sup>3</sup>. Sería bueno atenerse, de entrada, a su consejo. Una idea esencialista o apriorística de la Universidad tiene el riesgo, entre otros posibles inconvenientes, de incitarnos al dogmatismo. La Universidad es una institución educativa, oriunda de la cultura de Occidente, que tiene unas coordenadas espacio/temporales muy precisas de nacimiento, en la edad media, al filo del 1200, (en España, la primera Universidad de Salamanca tuvo su reconocimiento oficial por Alfonso X en 1248), respondiendo a nuevas demandas socioculturales y a la incipiente emancipación del poder político burgués con respecto a la aristocracia hereditaria. El rodeo histórico, cercando nuestro problema a través de la historia de esta Institución hasta alcanzar la coyuntura presente, promete ser más fecundo que el mero rodeo especulativo. Para hablar de realidades que nos conciernen vitalmente, el mejor método, según la enseñanza de Ortega, es la razón histórica. Conocemos las cosas contando su historia, la peripecia vital en que han surgido, la función que cumplen y el nexo de las experiencias que hemos hecho con ellas. Y, sin embargo, el mismo Ortega, en una situación análoga a la de hoy, cedió en cierta medida a la seducción esencialista, al hablar de una “misión” de la Universidad, sugiriendo algo así como una tarea trascendental y única, que la Universidad tiene que llevar a cabo, so pena de ser infiel a sí misma. Creo que hay que evitar términos de sentido trascendente, fundamentalmente normativo, por los peligros de esencialismo que implican. Detrás de una misión espiritual puede haber una cruzada. Este no fue el caso de Ortega, cuya conferencia sobre *La misión de la Universidad* (1930) ha quedado como una pieza clásica de buen sentido y de rigor intelectual. Pero, tan sólo unos años más tarde de la conferencia orteguiana en el paraninfo de la Universidad de Madrid, vinculaba Heidegger, en su discurso de toma de posesión como rector de la Universidad de Friburgo, la misión de la Universidad con el destino histórico del pueblo alemán, y llegaba a proponer la idea de un servicio de cultura subordinado al interés supremo del pueblo y del Estado alemán, un engendro fascista de perniciosas consecuencias. Errores semejantes han sido, por desgracia, bastante frecuentes en la historia, poniendo la ciencia y la cultura al servicio ideológico de un Estado totalitario. Hasta la misma Universidad puede pervertirse si se parte de presuntas tareas absolutas en función de un Estado no menos absoluto.

3. “Qué debe ser la Universidad española en el porvenir”, en *Ensayos*, Alianza Editorial, Madrid, 1969, pág. 122.

Pero, si bien se repara, tampoco basta a nuestro propósito con un concepto meramente histórico de la Universidad. El inconveniente del historicismo es no poder trascender su situación histórica y, por tanto, estar ciego a exigencias que traspasen la propia coyuntura. De ahí el riesgo que corre de extraviarse en ella. Hay exigencias de valor incondicionado que obligan tanto a las instituciones como a los individuos. Se trata, pues, de saber si a partir de la tarea histórica de la Universidad como institución de enseñanza superior y, teniendo en cuenta los radicales, que componen tal enseñanza, a saber, la ciencia y el humanismo, cabe inferir un sentido inmanente a la vida universitaria, como institución superior de cultura, que la ponga al abrigo de toda veleidad histórica y de toda tentación totalitaria. Creo que este objetivo es posible. Se hace preciso corregir y completar el rodeo histórico, de que hablaba al principio, con un rodeo especulativo y viceversa, en un equilibrio dinámico entre ambas instancias metódicas, de modo que se pueda alcanzar una idea orientadora de la Universidad, exenta en lo posible, tanto de dogmatismo como de coyunturalismo.

### 1.1. *La Universidad y la Ciencia*

Hay que partir de lo más obvio que arroja la historia: la Universidad como institución de enseñanza superior. Este era el sentido del título medieval del *Studium generale*, o la totalidad de los estudios o saberes disponibles (integrado en la Edad Media por las Facultades de Teología, Leyes, Medicina y Artes). Totalidad que no era un mero agregado de conocimientos, sino que implicaba, a su vez, conforme al espíritu de la época, una idea de unidad de este saber. El *Studium generale* equivalía, pues, a la suma del saber, en un sentido no sólo extensivo sino intensivo y jerárquico. La imagen consagrada era la del árbol del saber, que expresa adecuadamente el carácter de organicidad con que lo entendía el hombre medieval. De ahí vendría luego, andando el tiempo, la metáfora del árbol de la ciencia, como sistema de conocimiento, tal como lo formula la modernidad cartesiana, que perdurará como un ideal, a través de diferentes versiones, desde la Enciclopedia al proyecto positivista de la Ciencia unificada. El saber total y unificado era, pues, el objeto de la enseñanza superior.

Ahora bien, lo de “superior” es un grado comparativo relativo a otras instituciones educativas y, por tanto, variable según el sistema de referencia y las circunstancias. No obstante, late ya en esta calificación una exigencia ideal. Se trata de una enseñanza que debe ser del más alto nivel en sus contenidos educativos, ya sean éstos científicos o técnico profesionales, conforme al *standard* de conocimientos de su época. De modo que la proliferación masiva, como ocurre hoy, de una oferta de enseñanza postuniversitaria, que promete nuevas competencias y cualificaciones profesionales fuera y más allá del ámbito universitario, tiene que entenderse, a mi juicio, como un signo inequívoco de penuria y decadencia de la Universidad. En cuanto institución de enseñanza superior, la Universidad no puede resignarse a que estas enseñanzas escapen a su esfera de responsabilidades sin reconocer con

ello el fracaso de su tarea. De prosperar esta actitud de inhibición de la Universidad, sólo puede esperarse el rebajamiento del nivel de su enseñanza a la altura de un *college*. Conformarse con esta situación, nivelar a la baja los contenidos de enseñanza, depauperar su capacidad formativa bajo la excusa de la masificación de sus servicios o el bajo nivel de preparación de los alumnos que acceden a ella, conduce fatalmente a la degradación de sus exigencias y, con ello, a la paradoja de tener que reinventar a otro nivel superior lo que ella no es capaz de ofrecer.

Esto nos lleva a un segundo flanco de consideración: el título de enseñanza superior exige igualmente una cualificación del mismo rango, tanto en la competencia del profesorado que imparte las enseñanzas, como en la capacitación de sus alumnos para seguirlos. En este sentido está ocurriendo, por desgracia, un rebajamiento análogo al que opera en los contenidos. La Universidad, en los últimos años, ha improvisado su profesorado en la misma medida en que ha consentido con la escasa o nula selección de sus alumnos. Son dos fenómenos correlativos, pues la relación profesor/alumno marca una estructura esencial de funcionamiento. Tan impensable es un mal profesorado con buenos alumnos, como un mal alumnado con excelentes profesores. Si los alumnos son buenos, exigentes, recusarán la mediocridad de su profesorado y lo instarán a un mayor rendimiento y si los profesores son buenos, por mucha que sea su excelencia, acabarán cayendo en la rutina por falta del estímulo de unos buenos alumnos. Pensar lo contrario es una beata consolación en que incurrimos tanto los profesores como los alumnos cuando queremos echar la responsabilidad de los males que nos aquejan sobre la otra parte. Todo este alarmante descenso de nivel se ha solido encubrir con una barata ideología de la democratización, que, a la larga, no hará más que nivelar situaciones de competencia y reducir las mismas exigencias internas de la Institución.

En custodiar este triple sentido de una enseñanza superior, —por su calidad, por la competencia de su profesorado y la idoneidad de sus alumnos—, tiene la Universidad uno de sus más grandes retos. En este triple sentido la Universidad ha de tener un carácter de ejemplaridad. Si renuncia a él, ya no tendrá dónde autentificar su espíritu. No quiere esto decir que sea la Institución educativa más importante. En el sistema educativo todas las piezas son decisivas y si alguna merece más importancia es, precisamente, la Escuela por su carácter básico o fundamental. La Universidad será proporcionalmente lo que sea la Escuela primaria, pues las instituciones superiores son tributarias de las más básicas y elementales. “Por alta que la obra del científico sea, como en otro sentido la del sacerdote, o el artista, o el gobernante político, —nos advirtió ya Giner de los Ríos— no lo es menos la cura de almas —o más bien de almas y cuerpos— que al maestro encomendamos, y de que pende en realidad...la cultura del espíritu nacional”<sup>4</sup>. Si fracasa la escuela falla el ciudadano, pero si fracasa la Universidad fallarán los cuadros docentes que tienen que formar al ciudadano, y las élites culturales y profesionales que han de dirigir la sociedad. La suerte del sistema educativo se juega, pues, toda entera, indivisa, en cada una de sus instituciones educativas.

4. Idem, 126